

atenuación de ninguna clase. El mismo día que salió de Cádiz para regresar con los Reyes á Sevilla se le presentó el señor Chantre de aquella ciudad para suplicarle que intercediera por un eclesiástico, doctor en Derecho y fiscal que había sido del Sr. Arbolí, á quien éste había suspendido como si se hubiese ordenado en Toledo sin la licencia suficiente. El Padre Claret, con la urgencia del viaje, no pudo hacerlo, aunque lo deseaba, pero dijo al Sr. Chantre: "Confíe en el Señor." Y á otro que le hizo el mismo ruego, añadió: "El Sr. Obispo se muere pronto." Y así fué, pues falleció á los cuatro meses justos de pronunciadas estas palabras.

En su regreso á Sevilla aprovechó, como solía, las pocas horas que SS. MM. se detuvieron en Jerez para almorzar y visitar sus principales monumentos, pues predicó á las Hermanas de la Caridad y en los conventos de Religiosas. El día 4, que era el santo del Rey, después de haber predicado en un convento y en el Seminario de Sevilla, asistió á la Misa de pontifical, que celebró el Sr. Nuncio de Su Santidad; por la tarde fué al besamanos y después á despedirse de los Padres Jesuítas y de los Filipenses, á quienes predicó para terminar el día. El 5 tuvo que ir á la Carraca para acompañar á su Majestad la Reina, y el siguiente se pasó todo en el camino. Como á las diez y media de la noche llegaron á Bailén, y al día siguiente predicó al pueblo reunido en la iglesia, asistió después á Misa, y á la una de la tarde salió con la corte hacia Jaén. Á las cinco de la tarde el repique de campanas de los templos anunció la llegada de la Familia Real, y el Siervo de Dios, junto con ella, cruzó por entre el inmenso gentío hasta la Iglesia Catedral, en donde se cantó un *Tedéum*. Después acompañó á los Reyes al Palacio episcopal, en donde se alojaron. Al día siguiente predicó por la mañana en los seis conventos que hay en la ciudad, y por la tarde al pueblo y al clero. El 9, muy temprano, empezó el viaje hacia Granada, última joya de la Reconquista, adonde llegaron por la tarde, y, como de costumbre, la primera visita fué á la Santa Iglesia Metropolitana. El día siguiente predicó á las Hermanas de la Caridad y á las enfermas del Hospital por separado y en cinco conventos, y asistió además á la Misa pontifical que se dijo á los Reyes, por ser el santo de Doña Isabel II. Por la tarde se vió obligado á asistir al besamanos y al convite que hubo en

Palacio por la solemnidad del día. Los días que permaneció en esta ciudad de tantos recuerdos estuvo hospedado en el Palacio arzobispal, en donde, como siempre acaecía, quedaron admirados de su frugalidad, mortificación é incansable celo. El día 11 subió por la mañana al Sacro Monte, memorable por los hombres célebres en virtud y ciencia que de allí han salido, y predicó á los sacerdotes y seminaristas. Habiendo vuelto á Granada, dirigió la palabra en cuatro conventos, á las Religiosas y luego á las recogidas del establecimiento benéfico de este nombre y en el Colegio de las francesas. El día 12 visitó el cuerpo de San Juan de Dios y otros lugares piadosos y predicó en tres conventos, á las Hermanas del Hospital, al pueblo en la grandiosa iglesia de Capuchinos y al clero en la del Sagrario. Al día siguiente, no obstante su repugnancia, hubo de acompañar á los Reyes en su visita á la Alhambra, palacio levantado á la sensualidad por los más refinados sectarios de Mahoma. Para su levantado espíritu, que aspiraba únicamente por los goces celestiales, tenía muy poco interés aquella arquitectura árabe, deslumbradora por la brillantez de los colores, por lo fantástico de las perspectivas, por la sorprendente multitud de las combinaciones de líneas graciosamente entrelazadas, por el lujo asombroso de los pormenores y la elegancia y pompa de los adornos, pero enervante para el alma terrenal, frágil y deleznable y pasajera como los placeres de los sentidos, á que parece estar exclusivamente ordenada. El único consuelo que sentía en medio de aquella suntuosa morada levantada por la poesía y el amor terrenos, era el recuerdo de haberse izado sobre ella la cruz de Cristo al rendir el último baluarte de Mahoma en el suelo español. Mas tan pronto como pudo separarse de la regia comitiva tornó á sus tareas apostólicas, y en aquel mismo día tuvieron el placer de oírle en tres conventos, en el Hospicio, en el beaterio del Santísimo Sacramento y en el Pilar, establecimiento caritativo para los enfermos de tiña. El día 14 se pasó en el camino; pero al siguiente dirigió la palabra á las Religiosas del único convento que hay en Loja, y luego al clero; aunque el pueblo deseaba oírle no pudo lograrlo, porque, para evitar confusiones, se había dado la orden de que nadie entrase en la iglesia cuando fuera á ella S. M. Pocas horas se detuvieron el día 16 sus Majestades en la famosa ciudad de Antequera, y, no obs-

tante, en este breve espacio de tiempo predicó el Siervo de Dios en cuatro conventos.

Á las cinco de la tarde de ese mismo día la bandera española, que empezó á ondear en la torre del Atabal, anunció á los malagueños la llegada de los augustos Reyes. El P. Claret se hospedó en el Palacio episcopal, que ocupaba entonces como Obispo el Excmo. Sr. D. Juan Nepomuceno Cascallana. Entre los muchos testigos que de Málaga escribieron dando cuenta de los edificantes ejemplos que dejó el Siervo de Dios á su paso por aquella ciudad, citaré únicamente al capellán del que era á la sazón Prelado diocesano, D. Francisco de Paula Rodríguez. "En los tres días de su permanencia, — dice entre otras cosas, — repartió abundantísimas limosnas, estando el patio principal y las escaleras del Palacio episcopal constantemente llenas de infelices viudas, de pobres menesterosos y artesanos enfermos, que todos volvían remediados bendiciendo á Dios y á tan caritativo Padre; para todos tenía palabras de consuelo y atendía á todos con sus copiosas y espléndidas limosnas y santos consejos. Fueron infinitos los libros de piedad que repartió en los tres días que aquí estuvo, y muchísimos miles de opúsculos piadosos y hojas volantes de propaganda católica, todo compuesto y costado por él mismo. En el corto tiempo que residió en esta ciudad visitó casi todas las iglesias y conventos de Religiosas, predicó á algunas Comunidades con ejemplar fervor, quedando todas las religiosas edificadas y llenas de consuelo por haber oído á tan piadosísimo y virtuoso Misionero. Todo el clero y pueblo de Málaga admiraba y celebraba las virtudes y santidad de este Prelado, cautivando á todos su profunda humildad y caridad, así como el celo que tenía por la salvación de las almas.," Para no repetir las mismas escenas, sólo diré que en Málaga predicó 16 sermones, cuatro en las seis horas que estuvieron en Almería, 10 en Cartagena, 15 en Murcia y cinco en Orihuela.

En Murcia le acaeció que, no pudiendo salir á pie por la continuada lluvia y estando ocupados los carruajes que había en la ciudad, hubo de meterse con su capellán en un carro con honores de tartana para visitar los conventos y las casas de caridad; el viento entraba por todas partes y la lluvia no respetaba las cortinas de lona que servían de portezuela y de cristales. El Siervo de Dios estaba contentísimo en medio del

temporal y de un carruaje tan pobre, y decía á su capellán D. Carmelo: "Nos hemos de alegrar en la humillación y hemos de procurar siempre lo más pobre para imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que vivió y murió en tan extremada pobreza, siendo Señor de cielos y tierra.," El 29 por la tarde entraba en Madrid la regia comitiva, después de un viaje de cuarenta y ocho á cincuenta días. Como remate de esta hermosa excursión por las tierras andaluzas, en las que tanto se despertó el sentimiento monárquico y religioso, pondré aquí la última carta de D. Carmelo Sala, dirigida al Rmo. Padre General de nuestra Congregación, dándole cuenta de este viaje apostólico-real.

"Madrid, 30 de Octubre de 1862. — Sr. D. José Xifré. — Muy señor mío y amigo de mi mayor respeto: Ayer á las cinco de la tarde llegamos á esta corte terminando nuestro viaje con toda felicidad. Es indescriptible el entusiasmo con que en todas las poblaciones por donde hemos pasado han sido recibidas sus Majestades y el esmero con que han procurado obsequiarles. Puede asegurarse con toda verdad que desde la salida de la Corte de Madrid hasta su vuelta, ha sido un continuado triunfo, pero un triunfo sobre magnífico espontáneo y sumamente afectuoso, tanto que ha llamado mucho la atención de los hombres políticos, y me han asegurado algunos muy juiciosos españoles y extranjeros que no hay en Europa un Monarca que cuente con el amor y adhesión de sus súbditos como la Reina de España. Este es un motivo de gran consuelo para todo buen español interesado en el bien de su amada patria, pues manifiesta claramente que las perversas doctrinas diseminadas con tanto afán por sectarios del desorden no han podido arrancar del noble corazón de los españoles el amor que siempre han profesado á sus Reyes.

„Pero si las sinceras manifestaciones de afecto á sus Majestades son una prueba de que vive todavía en el pueblo español el sentimiento monárquico, la solicitud, la satisfacción y docilidad con que en todas partes han acudido á oír la palabra de Dios anunciada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, convencen de que también vive el sentimiento religioso, y no ha podido ser extinguido por los esfuerzos de la impiedad. Muchos y grandes son los medios que se han puesto en juego para descatolizar las provincias andaluzas en estos últimos años; hom-

bres corrompidos, escritos saturados de errores y de inmoralidad, dinero, promesas, amenazas, de todo se han valido; pero, gracias á Dios, el resultado no ha sido cual se prometían. Unos cuantos Misioneros bastarían para destruir toda la obra de la impiedad. El carácter andaluz es dócil y tiene un gran fondo de nobleza, y con facilidad puede conducirse por buen camino. Conocedor de esta buena disposición el P. Claret, no ha reposado un momento en su tránsito por los pueblos, predicando siempre y aprovechando todos los instantes para sembrar la buena doctrina, y no ha sido inútil su trabajo.

„Ya está Ud. enterado por mis anteriores de los apostólicos trabajos de S. E. I. en los diferentes puntos que llevábamos recorridos hasta Málaga. Ahora sólo me cumple decir á usted que en Málaga como en Almería, Cartagena, Murcia y Orihuela, últimas poblaciones por donde hemos pasado, se han reproducido las mismas escenas; por manera que, á pesar de la poca detención que hemos hecho en ellas, son 50 ó más los sermones predicados por S. E. I. en las mismas... El sermón que predicó S. E. I. en el presidio de Cartagena á los 1.800 allí penados, fué muy notable por la particular unción con que lo dijo, de manera que no pudieron menos de estremecerse aquellos desgraciados y llenarse de consuelo al oír las palabras de amor y afectuoso cariño que les dirigía el ilustre Prelado... Temo hacerme pesado y voy á poner fin á mi carta diciendo á Ud., en resumen, que son, á mi cuenta, 205 los sermones predicados por el Sr. Arzobispo en los cuarenta y ocho días de viaje que hemos hecho, de cuyos sermones, 16 han sido al clero, nueve á los seminaristas, 95 á las Religiosas, 28 á las Hermanas de la Caridad, 35 á los pobres de los establecimientos de beneficencia, ocho á las Conferencias de San Vicente de Paúl y 14 al pueblo en general. De este modo, el viaje de S. M. ha sido para el Sr. Claret una Misión continuada... Además de estas predicaciones, se han repartido muchos miles de hojas sueltas, opúsculos, *Caminos rectos*. En cada uno de los puntos adonde llegábamos, ya encontrábamos una caja que se había enviado de antemano. El peso de todas me parece que asciende á ochenta y cinco ó más arrobas. Para descansar del viaje se prepara á dar una novena Misión al pueblo de El Escorial, y después ejercicios espirituales á toda la Comunidad del Real Monasterio..”

En medio de tantos trabajos como se tomaba por la gloria del Señor y la salvación de sus hermanos, no experimentaba debilidad ni decaimiento alguno en sus fuerzas, en lo cual se mostraba de un modo maravilloso la providencia particular de Dios para con él, y que el ministerio apostólico, á que con tantos bríos y sin descanso se entregaba, era para su dichosa alma una verdadera y nobilísima vocación que llevaba anejas muchas y singulares gracias del cielo. Así lo reconocía con profunda humildad el mismo P. Claret, quien, escribiendo desde Cádiz á un eclesiástico piadoso, le decía estas hermosas palabras: “Conozco que Dios quiere que predique, pues me hallo tan tranquilo, tan descansado y con tantas fuerzas como si nada hubiera hecho; el Señor lo hace todo. Bendito sea para siempre (1).”

De estas apostólicas jornadas á las tierras andaluzas salió su corazón más y más inflamado en el celo que ya de ordinario le devoraba, y poco después de llegar á Madrid, exhalando sus ansias amorosas y sus vehementes deseos en presencia del Señor, exclamaba con inefable ternura: “¡Oh Dios mío! ¡Quién pudiera hacer que nadie os ofendiese, antes bien, quien me diera el hacerlos conocer, amar y servir de todas las criaturas! Esto es lo único que deseo; lo demás no me merece la atención (2).”

Nada diré de las predicaciones de los demás años hasta el reconocimiento del reino de Italia, pues como en todas partes seguía la misma conducta, debería repetir las mismas cosas. Con lo dicho basta y sobra para comprender que ni en éste, ni acaso en muchos otros siglos, ha existido un hombre de laboriosidad tan asombrosa como el P. Claret, y que su celo apostólico merece bien ponerse al lado de las figuras más salientes que en la Iglesia han florecido, y es casi seguro que si hubiera existido en un siglo de más fe y de menos persecución contra los que trabajan por ella, su nombre habría resonado en todo el mundo católico como una de las mayores glorias del cristianismo, por la transformación social que hubiera con sus predicaciones alcanzado. Aun así, él ha sido en España, en la presente centuria, el iniciador de todas las grandes em-

(1) Carta del Siervo de Dios, 25 de Septiembre de 1862.

(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

presas encaminadas á la regeneración religiosa de nuestra patria y el que les infundió mayores alientos, y si hubiera hallado continuadores dignos de todas sus obras, acaso á estas horas no lamentaríamos los males que estamos presenciando; y si algo bueno queda y hay todavía algún germen de vitalidad moral, á él se debe en gran parte, como lo han reconocido muchísimos Prelados.



CAPÍTULO VII

CÓMO EL P. CLARET FAVORECIÓ Á VARIAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS, Y EN ESPECIAL Á LA DE MISIONEROS FUNDADA POR ÉL

1. El P. Claret y las Religiosas Filipenses. — Marcos y Gertrudis Castañer. — Consejos que les dió el P. Claret. — 2. Las Carmelitas Terciarias y el P. Claret. — 3. Progresos de la Congregación de Misioneros bajo la influencia del nuevo General y del P. Claret. — Aprobación de las Constituciones y admisión de estudiantes. — 4. Fundaciones de las casas de Gracia, Segovia y otras. — 5. Varios sucesos referentes á la Congregación, y parte que en ellos tuvo el Siervo de Dios.

1. Parece que estaba resuelto en los decretos de la divina Providencia que no habia de nacer en España obra piadosa á la que no diese impulso el celo apostólico del P. Claret. Ya en capítulos anteriores vimos el empuje dado por él á muchas obras de la mayor gloria de Dios, cuando no brotaron de los ardores de su inflamado pecho; mas aún nos queda por decir algo más acerca de este asunto por lo que se refiere al último período de su vida.

Pocas son acaso las personas que conocen el Instituto de Religiosas Filipenses, fundado por dos piadosos hermanos en la ciudad de Mataró, y que hoy día se halla establecido en Barcelona con gran provecho de muchas almas. Fin y objeto de él es dar albergue en sus casas á las señoras que quieran retirarse á hacer los santos ejercicios con todos los pormenores tan sabiamente prescritos por San Ignacio, de la observancia de los cuales depende no poco el fruto que se reporta de ellos, y formar además el corazón y la inteligencia de las niñas con la instrucción que se da en sus colegios.

Marcos y Gertrudis Castañer, educados desde la infancia en el santo temor de Dios, trataron de emplear en servicio de Él los cuantiosos bienes de fortuna con que los había favorecido. Al efecto, el 12 de Julio de 1858, D. Marcos dió cuenta al Excmo. é Ilmo. D. Antonio Paláu, Obispo de Barcelona, de la